

TRANSFORMACIONES EN LAS TEORÍAS PSICOANALÍTICAS

Joan CODERCH*

A mi entender, los factores que inciden en las teorías psicoanalíticas y estimulan sus transformaciones tienen dos distintos orígenes. Unos, son los elementos de procedencia externa, es decir, aquellos que provienen de los profundos cambios y mudanzas que en el campo de la filosofía, la cultura, la sociología y la política está experimentando la humanidad de manera progresivamente acelerada durante los últimos años. Otras transformaciones son debidas a causas de estirpe interna, o sea a aquellas que nacen de la acumulación y elaboración de las experiencias que viven los analistas dentro del ámbito de su trabajo. Como es de esperar, ambos tipos de motivaciones se mezclan e influyen mutuamente y, en concurrencia, intervienen, aun cuando sea en proporciones variables, en los giros que han ido presentando las teorías psicoanalíticas en el curso de los años.

Por lo que concierne a las presiones de tipo social y cultural que mediatizan las variaciones de las teorías psicoanalíticas, hemos de tener en cuenta que no sólo los analistas se hallan inmersos en un entorno social que actúa sobre ellos y que se infiltra en sus conocimientos y práctica profesional, sino que también los analizados llegan al tratamiento profundamente impregnados por los valores y actitudes predominantes en el medio en el que viven, y esto, ineludiblemente, repercute en la relación analítica. Para referirme a un punto concreto, podemos pensar que en una sociedad tan profundamente antiautoritaria y con tan fuertes exigencias democráticas como es ésta en la que nos encontramos, difícilmente es posible mantener el esquema tradicional en el que el analista, revestido de la autoridad que le confiere su status profesional, es el único detentador del saber y el que se halla capacitado para diagnosticar, sin lugar a discusión, las deformaciones transferenciales introducidas por el analizado.

Gran parte de los vaivenes en el ámbito cultural, moral, artístico, filosófico e incluso científico que, especialmente desde mediados de este siglo, han marcado profundamente la sociedad y la cultura contemporáneas provienen del declive de los valores propios de la Ilustración, especialmente a partir de la primera guerra mundial. La humanidad se debate ahora en un profundo desconcierto sobre el camino a seguir y las convicciones en que apoyarse. Los grandes pensadores, o filósofos, de la actualidad buscan afanosamente nuevas vías, todas ellas caracterizadas por el impulso a revisar los antiguos valores, por el antiautoritarismo y el antidogmatismo, y por la pérdida de la fe ciega en la razón humana que caracterizaba a la Ilustración. Como dice Delacampagne (199), en el siglo XX la razón ha sido puesta en tela de juicio. Esta situación ha reabierto en profundidad el antiguo debate entre racionalismo y relativismo, este último reforzado por el irracionalismo de Nietzsche y Heidegger. Es decir, la discusión entre si es posible encontrar un fundamento sólido en el que pueda apoyarse la razón, o bien si el modelo racional es únicamente un modelo cultural, por tanto de valor relativo entre otros modelos que puedan darse y no superior a ellos, lo cual nos lleva a un relativismo epistemológico que afecta a la cuestión del conocimiento, por un lado, y a la sociología y la política, por otro. (Delacampagne, C., 1999). ¿Lo que llamamos ciencia *representa* verdaderamente la realidad, o se trata de construcciones y giros lingüísticos que podrían darse de otra manera?. ¿Nuestro modelo de sociedad democrática es el mejor que puede darse, o su valor es relativo frente a otros modelos y otras culturas?. Estas, entre otras, son inquietantes preguntas que la humanidad se formula en la actualidad y que no pueden dejarnos

* Médico. Psiquiatra. Psicoanalista. Miembro de la Sociedad Española de Psicoanálisis (IPA)

indiferentes a nosotros, los psicoanalistas, so pena de que nos recluyamos en un mundo propio, cerrado y estéril.

Ya el propio Freud, como puede verse en *Análisis Terminable e interminable* (1937), comprobó que la realidad psíquica, y la curación de su patología, eran cosas muchísimo más complicadas de lo que él había supuesto en un principio. Y los continuadores de su obra, forzados por la experiencia, han ido abandonando el esquema lineal de Freud, típico de la perspectiva científica moderna de su época: causa (fantasías inconscientes patógenas) - efecto (síntomas neuróticos) - agente curativo (revelación de las fantasías inconscientes mediante la interpretación). Y, debido a ello, han ideado nuevas vías que puedan dar mejor razón de las complejidades halladas en el trato con los pacientes, y que, a la vez, aporten innovaciones técnicas más prometedoras. Algunas de ellas han dado lugar a las diferentes escuelas dominantes hoy en día y que todos conocemos.

Pero, en las últimas dos décadas, las nuevas orientaciones filosóficas, políticas y sociológicas, han incidido con particular fuerza en las teorías psicoanalíticas, dando lugar a dos tipos de efectos. Por un lado, se han desarrollado nuevas orientaciones dentro de la teoría y la técnica que, para algunos de sus seguidores, adquieren cierta independencia y autonomía dentro del cuerpo general del pensamiento psicoanalítico. Por otro, estas nuevas corrientes culturales se han introducido en las escuelas tradicionales, motivando importantes transformaciones en ellas. Naturalmente, no siempre es fácil distinguir donde termina un efecto y comienza el otro. Asimismo, la valoración de estas nuevas ideas y de su repercusión en las escuelas más tradicionales se halla sujeta a muy distintas opiniones según diferentes autores. Así, para citar tres nombres, K. Leary (1994) es muy crítica con respecto al posible enriquecimiento de la teoría psicoanalítica mediante la visión postmoderna, mientras que psicoanalistas tan prestigiosos, como Merton M. Gill (1994) y Roy Sachaffer (1997) ha integrado progresivamente gran parte de las ideas aportadas por la cultura postmoderna, en su versión moderada y positiva, en su forma de concebir y practicar el psicoanálisis.

Creo que el encuentro de los movimientos culturales actuales con las experiencias psicoanalíticas acumuladas durante largos años ha llevado a muchos psicoanalistas al intento de fundamentar la esencia del proceso psicoanalítico en las necesidades del paciente, por un lado, y en aquello que puede conocer el analista, por el otro (Mitchell, S., 1996). Este empeño nos ha de conducir, primordialmente, a la búsqueda de la plena y auténtica realidad personal del paciente, algo que quizás podemos asimilar al devenir 0 de Bion (1965), como uno de los objetivos fundamentales del proceso psicoanalítico. Desde esta perspectiva, muchos pensamos que lo que el paciente necesita, por tanto, no es sólo la claridad y el *insight*, sino también un incremento de su capacidad para generar experiencias reales y significativas para él. Desde este punto de vista, la salud mental ha de ser enjuiciada en términos de creatividad más que de normalidad y adaptación al medio. Vemos, pues, que de acuerdo con esta orientación no se trata de dilucidar la importancia relativa de la relación o del *insight* en el proceso analítico, pese al extraordinario valor que otorgamos a ambos, sino de subrayar la búsqueda de una auténtica y personal experiencia del analizado.

En cuanto a la cuestión referente a aquello que el analista puede conocer de su paciente, me parece evidente que la primitiva confianza en los conocimientos proporcionados por el método psicoanalítico, en tanto que método científico, ha venido a dar en una actitud de incertidumbre y duda que nos impulsa a cuestionarnos constantemente acerca de nuestro saber. Bajo el empuje de la insatisfacción en el resultado de muchos tratamientos, de la incerteza de nuestros conocimientos, de los desafíos por parte del método científico-natural (Grunbaum, A., 1993) y de los interrogantes planteados por el pensamiento filosófico y sociológico actual, gran parte de los analistas han dejado de sentirse en posesión de conocimientos objetivos y universales, y han tendido a refugiarse en sistemas de valor relativo, contruidos sobre las experiencias personales y sobre su propia subjetividad. Esta crisis de confianza en la posibilidad de conocer qué es lo que existe en la mente del paciente, en parte generada por la práctica profesional de los analistas, y en parte por los profundos cambios sociales y culturales acaecidos en este siglo, ha provocado la búsqueda de respuestas en la investigación experimental, en la fenomenología (Schwaber, E., 1983, 1990), en la hermenéutica (Spence, D.P., 1982; Schaffer, R. 1976; 1983; 1992) y en el constructivismo social (Hoffman, I., 1991, 1992, 1994; Mitchell, S., 1993).

La llamada teoría o modelo relacional me parece paradigmática de las más recientes orientaciones psicoanalíticas. La teoría relacional dentro del psicoanálisis parte de una concepción de la mente

humana que ha sido muy bien establecida por Mitchell (1988) cuando dice: “La mente ha quedado redefinida desde un conjunto de estructuras predeterminadas que emergen del interior de un organismo, a pautas transaccionales y estructuras internas derivadas de un interactivo campo interpersonal” (p. 17; la traducción es mía). Desde este punto de vista, la mente es un producto, así como un participante interactivo, de la matriz cultural y lingüística dentro de la que ha venido a ser. Esta es la matriz relacional en el seno de la cual todos nos desarrollamos. El hecho de establecer la relación como unidad básica de estudio no elimina los factores biológicos de la mente para hacer recaer el acento totalmente en los culturales, sino que, por el contrario, hace desaparecer la dicotomía habitual entre “nature” y “culture”. De acuerdo con estas ideas, nosotros no estamos configurados por una combinación de necesidades y pulsiones biológicamente condicionadas, sino conformados e, inevitablemente, involucrados en una matriz de relaciones con los otros y luchando, a la vez, para diferenciarnos de ellos.

Caracteriza a la teoría relacional el interés simultáneo por aquello que es intrapsíquico y aquello que es interpersonal, pero lo que es intrapsíquico es visto como constituido por la internalización de las experiencias interpersonales, mediatizadas por las disposiciones genéticas y neurofisiológicas. La realidad y la fantasía, el mundo interno y el mundo externo interactúan ininterrumpidamente en la vida humana, de manera que no hemos de pensar en substituir la teoría pulsional por un ambientalismo ingenuo. Por el contrario, la teoría relacional toma en consideración todo aquello que el individuo aporta y engarza con lo que le rodea, tal como el temperamento, la constitución somática, su dintel de sensibilidad, sus respuestas fisiológicas, etc. Evidentemente, la teoría relacional es una teoría más psicológica que biológica, y su preocupación primaria se centra en los temas de motivación y significado, y en el papel que éstos juegan en el desarrollo humano (Ghent, E., 1989).

Creo que puede enlazarse con la teoría relacional el constructivismo social, desarrollado por Hoffman (1991, 1992, 1994), y en estos momentos una de las nuevas orientaciones que con más pujanza está irrumpiendo en el campo psicoanalítico. El constructivismo social afirma que el conocimiento humano y la realidad no nos son dados, sino creados por las personas a través de procesos sociales y para fines sociales. Desde esta perspectiva, y partiendo de la observación psicológica de que aquello que es “real” para los miembros de una cultura puede diferir considerablemente de lo que es real para los pertenecientes a otra, la realidad humana en su conjunto es entendida como una “construcción social”. Desde el punto de vista del constructivismo social, dice Hoffman, el analista no puede situarse fuera de la interacción con el paciente. Analizado y analista continuamente se influyen el uno al otro, de manera que cualquier cosa que es explicada por el paciente o el analista, sobre el otro o sobre sí mismos, en voz alta o en sus pensamientos privados, afecta aquello que sucederá entre los dos. Hemos de tener en cuenta, además, que la idea de la constante interacción entre analizado y analista va siendo cada día más ampliamente aceptada dentro de la comunidad psicoanalítica (Tous, J^a. M^a., 1999).

La perspectiva intersubjetiva y la de la psicología de dos personas, estrechamente ligadas, también, a la teoría relacional, se encuentran, evidentemente, entre las más flagrantes muestras de las transformaciones que vienen produciéndose en la teoría psicoanalítica durante las dos últimas décadas. Por la brevedad del espacio no puede hacer más que citar estas orientaciones. Me remito a otros trabajos (1998, 1999).

Estas modificaciones en la manera de ver y pensar el proceso psicoanalítico han dado lugar, como era de esperar, a una transformación en la manera de entender la transferencia. Tradicionalmente, la transferencia ha sido vista como una *distorsión* de la persona del analista al serle proyectadas las imágenes internas del analizado (Strachey, J., 1934). El analista, por su parte, ha sido considerado como alguien dotado de la idoneidad para conservar una visión objetiva de la situación y para advertir al analizado de los falseamientos que lleva a cabo en su relación con él. A partir de las mudanzas que he estado comentando en el pensamiento psicoanalítico, son cada vez más numerosos los autores que consideran que el impacto del analista ha de ser examinado sistemáticamente como parte intrínseca de la transferencia, la cual es vista como basada en la mutua contribución de ambos participantes en interacción. Es decir, desde esta perspectiva, la transferencia no es juzgada como una distorsión de la realidad del analista, sino como un hecho psíquico que tiene siempre una significativa y *plausible* base en el aquí y ahora de la realidad del analista (Gill, M. M., 1994), el cual es un coparticipante en la creación de la misma.

Creo que este cambio en la intelección de la transferencia se halla vinculado a una oscilación, frecuente en el pensamiento psicoanalítico, en cuanto al predominio del énfasis en la cognición, por un lado, o en los afectos, por otro. El psicoanálisis freudiano se ha apoyado fundamentalmente en la cognición y el *insight*. Cooper (1987) estima estas dos distintas actitudes como expresión de una visión del mundo científica y romántica, respectivamente. En la actualidad, y sin duda ligado a la influencia del pensamiento postmoderno, en la cultura contemporánea en general y en el pensamiento psicoanalítico en particular nos hallamos en un período de tensión dialéctica entre la actitud cognitiva y la actitud romántica. La actitud cognitiva nos lleva a ver la transferencia como un viaje intelectual —intelectual aun cuando estibado de emociones hasta la borda—, en búsqueda de una verdad oculta y apartada que es menester descubrir. La perspectiva romántica, en cambio, nos empuja a afrontar la transferencia y su interpretación como una turbulenta y espléndida aventura emocional en la cual analizado y analista se sumergen profundamente, con la esperanza de que esta inmersión les aportará una ampliación y enriquecimiento de su personalidad. Desde este punto de vista, no se persigue tanto el hallazgo y la revelación como la creación de significados, el reconocimiento de la auténtica subjetividad y la posibilidad de nuevas experiencias. Desde la actitud cognitiva, la idea de la transferencia como la repetición, en la relación con el analista, de antiguas vivencias infantiles es, por tanto, un modelo que se fundamenta en la historia antigua del analizado, la cual ha de ser actualizada, reconstruida, comprendida e interpretada. Su importancia descansa en la posibilidad de librar al analizado de arcaicos y recónditos conflictos intrapsíquicos que perturban su mente. En el enfoque romántico de la transferencia como una nueva experiencia lo importante es la plena vivencia y comprensión de la misma; la interpretación se dirige, principalmente, a apartar los obstáculos que entorpecen esta vivencia, y la reparación del defecto o déficit como huella de un desarrollo alterado constituye el objetivo primordial. Naturalmente, los dos modelos no son exclusivos, sino que se combinan y complementan, aun cuando poseen un distinto peso de acuerdo con la orientación de cada psicoanalista.

Creo que gran parte de la evolución que se ha producido en las últimas décadas en la teoría psicoanalítica es debida a la aplicación a la misma de los conocimientos adquiridos a través de la observación e investigación de la interacción padres-bebé. Ello ha dado lugar a que el tratamiento psicoanalítico sea, cada vez más, comparado a un proceso de desarrollo, similar al que viven los niños en su relación con los padres, lo cual ha incidido notablemente en la manera como los analistas discernen las incidencias de la transferencia y los efectos terapéuticos de sus intervenciones.

Pero es menester señalar que también desde esta misma área se está produciendo una evolución significativa. De acuerdo con Mayes y Spence (1994) existen dos formas de utilizar la metáfora del desarrollo infantil, la *ingenua* y la *informada*. Habitualmente ha sido utilizada de una manera ingenua, según la visión que cada analista ha tenido de las relaciones del niño con sus primeros cuidadores. Se trata de una actitud voluntariamente adoptada, en la que el analista siente que está tratando a su paciente como si fuera un hijo o hija a quien ha de cuidar. El uso informado de la metáfora, que progresivamente ha de llevar a cambios en la aprehensión de la relación analítica, descansa en el conocimiento de las investigaciones en torno a la interacción bebé-padres cuidadores (Stem, D., *ibid.*; Emde, R.N. 1990; Mayes, I.P. & Spence, D.P., *ibid.*) En la aplicación informada del modelo padres-bebé no se trata de adoptar intencionalmente una actitud paterna o materna en la relación con un analizado, sino de utilizar en cada momento los conocimientos proporcionados por las actuales investigaciones, para comprender mejor los movimientos transferenciales del paciente y sus necesidades emocionales. Esto, en el empleo informado de la metáfora, nos lleva a tener en cuenta que nuestro verdadero papel como analistas no es el de elegir deliberadamente una actitud parental, como tanto se ha venido haciendo en la práctica psicoanalítica, sino en servirnos de nuestros conocimientos actuales acerca del desarrollo infantil.

El hecho de tener en cuenta la información aportada por el estudio de la interacción padres-bebé puede transformar la situación analítica. Sabemos que los niños necesitan sentirse amados y cuidados por sus padres, y que la falta de amor de éstos impide un normal desarrollo de la mente y es origen de graves perturbaciones. Así mismo, muy a menudo insistimos en la necesaria capacidad empática del terapeuta para que pueda comprender a sus pacientes, así como también en su aptitud para dispensar una clase especial de afecto hacia ellos, lo que podemos llamar amor terapéutico. Pero ahora sabemos que también los niños tienen la necesidad de amar y cuidar a sus padres y de recibir muestras de que

éstos aceptan su amor y sus cuidados (Stern, D., 1985). Searles (1985) sugiere que los pacientes están enfermos a causa de que su amor y su cuidado hacia sus padres no ha sido tenido en cuenta ni se han agradecido. De la misma manera, en la situación transferencial estos impulsos amorosos y de cuidado son movilizados y dirigidos hacia el analista, y surge también, en esta situación la precisión de sentir que son aceptados. Tan sólo en la medida en que experimentan que su amor es reconocido y admitido pueden los pacientes confiar en que su mundo interno no se halla totalmente destruido por el odio y la envidia, y en que existe en ellos la capacidad de amor y de reparación, lo cual alivia su sentimiento de culpa y lleva a la disminución de las ansiedades paranoides.

Finalmente, es necesario subrayar que todas las transformaciones en la teoría confluyen, en última instancia, en sucesivas modificaciones de las llamadas “metas” del proceso analítico, el estudio de las cuales constituye, en realidad, un verdadero compendio de la historia del psicoanálisis (Modell, H., 1990; Gill, M., 1994; Sandler, J., 1996; Schaffer, R., 1997). En consonancia con la perspectiva que yo he presentado a lo largo de este trabajo, me parece que en la actualidad lo que los analistas tienen en la mente son “expectativas” de aquello que va a producirse a través del proceso analítico, más bien que metas en el sentido de algo más o menos idealizado que debería alcanzarse. Por un lado, podemos decir que ahora somos más modestos en nuestras ilusiones terapéuticas. Gran parte de los analistas no creen que puedan resolverse los conflictos intrapsíquicos totalmente, sino que lo que se consigue es que el analizado construya nuevas formas de adaptación a sus conflictos internos (Sandler, J., *ibid*; Coderch, J. 1997). Tendemos, más bien, a no esperar que, aun cuando se produzca una cierta nueva configuración de las relaciones objetales internas, ello presuponga una modificación de la estructura mental básica de nuestros pacientes, y sabemos que los rasgos caracterológicos difícilmente cambian, pero que sí pueden ser empleados por el paciente de una forma más constructiva y satisfactoria.

Por otro lado, con una visión más positiva, creo que nos sentimos más cómodos reconociendo la limitación de nuestros poderes “curativos”, y tal vez, desde otra perspectiva, es válido decir que incluso somos más ambiciosos. Al saber que no podemos ser nunca totalmente objetivos (Renik, O., 1993; Bodner, G., 1999) estamos en mejores condiciones para reconocer la manera como nuestra subjetividad está impactando continuamente sobre los procesos mentales de nuestros analizados, y, por tanto, podemos comprender mejor el desenvolvimiento de su transferencia como algo en lo que nosotros participamos y creamos conjuntamente. Al aceptar nuestra imposibilidad de ser plenamente neutrales, podemos alcanzar una neutralidad significativa teniendo muy presente, en cada instante, los estímulos que representan para el analizado los fluctuantes matices de nuestra sesgada neutralidad. No ponemos tanta esperanza como antes en la resolución de los conflictos intrapsíquicos, y menos todavía en la probabilidad de librar al paciente de toda ansiedad y de dotarle de una perfecta salud mental. Pero creemos, con otro estilo de optimismo, en el análisis como una excitante y prometedora aventura personal —en realidad bipersonal— que proporciona al analizado la oportunidad, que nosotros compartiremos con él o ella, de encontrarse a sí mismo, de descubrir su autenticidad y de iniciar un nuevo desarrollo mental

Bibliografía

- ARON, L. (1996): *A Meeting of Minds*. Londres: The Analytic Press.
- BENJAMIN, J. (1995): *Like Subjects. Love Object*. Yale: Yale Univ. Press.
- BION, W.R. (1965): *Transformations*. Londres: Heinemann.
- BODNER, G. (1999): “Objetividad y realidad psíquica en la sesión analítica”. Trabajo presentado en el *Institut de Psicoanàlisi de Barcelona*.
- CODERCH, J. (1997a): “La influència del pensament postmodern en la psicoanàlisi actual”. *Rev.Catalana de Psicoanal.* Vol.XIV, nº2: 23-45 .
- (1997b) “¿Es posible el cambio psíquico?”. *Temas de Psicoanálisis*. II: 21-50. Ed: Sociedad Española de Psicoanálisis.
- (1998): “La teoría relacional en la dialéctica modernitat/postmodernitat”. Trabajo presentado en el *Institut de Psicoanàlisi de Barcelona*. En prensa.
- (1999): “La perspectiva intersubjetiva en la teoría psicoanalítica”. Trabajo presentado en el *Institut de Psicoanàlisi de Barcelona*. En prensa.

- COOPER, A. (1987): "Changes in psychoanalytic ideas: transference interpretation" *J. Amer. Psychoanal. Ass.* 35: 77-98.
- DELACAMPAGNE, C. (1999): *Historia de la Filosofía del siglo XX*. Barcelona: Ed. Península.
- EMDE, R.N. (1990): "Mobilizing fundamental modes of development: emphatic availability and therapeutic action". *J. Amer. Psychoanal. Ass.* , 38: 881-913.
- FREUD, S.(1937): *Análisis Terminable e Interminable*. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1978-1982), Vol. 23.
- GHENT, E. (1989): "Credo. The dialectics of one person and two persons psychology". *Contemp. Psychoanal.*, 25: 169-210.
- GILL, M.M. (1994): *Psychoanalysis in Transition*. Hillsdale: The Analytic Press.
- GRUNBAUM, A. (1993): *Validation in the Clinical Theory of Psychoanalysis*. Madison: Int. Univ. Press.
- HOFFMAN, I. (1991): "Discussion: Toward social-constructivist view of the psychoanalytic situation". *Psychoanal. Dialog.* 1: 74-105.
- (1992): "Some Practical implications of a social-constructivist view of the psychoanalytic situation". *Psychoanal. Dialog.* , 2: 287-304.
- (1994): "Dialectical thinking and therapeutic action in the psychoanalytic process". *Psychoanal. Quart.* LXIII: 187-208
- LEARY, K. (1994): "Psychoanalytic "problems" and postmodern "solutions"". *Psychoanal. Quart.*, 43: 433-465.
- MAYES, I. C. & SPENCE, D.P. (1994): "Understanding therapeutic action in the analytic situation: a second look at the developmental metaphor" *J. Amer. Psychoanal. Ass.*, 42: 789-817.
- MITCHELL, S. (1988): *Relational Concepts in Psychoanalysis*. Cambridge: Harvard Univ.Press.
- (1993): *Hope and Dread in Psychoanalysis*. Nueva York: Basic Books.
- MODELL, A. (1990): *Other Times, Other Realities*. Cambridge: Harvard Univ.Press.
- NOS, J. (1999): "La psicología del Yo norteamericana contemporánea. De la teoría estructural a la perspectiva intersubjetiva". Trabajo presentado en el *Institut de Psicoanàlisi de Barcelona*.
- OGDEN, T. (1994): *Subjects of Analysis*. Londres: Karnac Books.
- REALE, G. & ANTISERI, D. (1988): *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*. Vol.2. Barcelona: Editorial Herder.
- RENK, O. (1993): "Analytic interaction: conceptualizing technique in light of analyst irreducible subjectivity". *Psychoanal. Quart.*, 62: 553-561.
- RICHARDS, A.D. (1990): "The future of psychoanalysis: the past, present and future of psychoanalytic theory". *Psychoanal. Quart.*, LIX, nº3: 347-369.
- SANDLER, J. (1996): *What do Psychoanalysts Want?*. Londres: Routledge.
- SCHAFFER, R. (1976): *A New Language Psychoanalysis*. Nueva York: Basic Books.
- (1983): *The Analytic Attitude*. Nueva York: Basic Books.
- (1992): *Retelling a Life*. Nueva York: Basic Books.
- (1997): *Tradition and Change in Psychoanalysis*. Londres: Karnac Books.
- SCHWABER, E. (1983): "Interpretation and psychic reality". *Int. Rev. of Psychoanal.*, 10: 379-392.
- (1990): "Interpretation and therapeutic action". *Int. J. Psycho-Anal.*, 71: 229-240.
- SEARLES, H. (1985): "The patient as the therapist to his analyst", en *Tactics and Techniques in Psychoanalytic Therapy*, vol.II.Ed. P.Giovachini. Nueva York: Jason Aronson.
- STERN, D.(1978): *La Primera Relación Madre Hijo*. Madrid: Ed. Morata.
- (1985): *El Mundo Interpersonal del Infante*. Buenos Aires: Paidós.
- (1997): *La Constelación Maternal*. Barcelona: Paidós.
- STOLOROW, R. & ATWOOD, G. (1992): *Context of Being*. Londres: The Analytic Press.
- STRACHEY, J. (1934): "The nature of the therapeutic action of psychoanalysis". *Int. J. Psycho-Anal.*, 15: 127-159
- TOUS, J.Mª. (1999): "Interacció analítica: la participació emocional de l'analista". Trabajo presentado en el *Institut de Psicoanàlisi de Barcelona*.